

¡ Al Norte o al Barranco!  
David Stoll

Todo derecho reservado  
Rowman and Littlefield

Este documento no es por distribuir  
sin el consentimiento escrito del autor.  
Comentarios y críticos bienvenido en  
[dstoll@middlebury.edu](mailto:dstoll@middlebury.edu)

## Capítulo 1

### Una burbuja financiera en un pueblo maya

Cerca de una cruz ancestral donde los ancianos queman incienso y rezan, vive una estafadora de Nebaj, K'iche', Guatemala: Magdalena Sánchez Hermoso. Magdalena tiene ocho hijos y vende comida en el mercado. Su lengua materna es el ixil, no posee carro, pero sí tiene celular y muchos en Nebaj conocen su historia porque en repetidas ocasiones se ha disculpado por ella. En 2005, Magdalena y su esposo comenzaron a pedir a sus vecinos, grandes cantidades de dinero, en calidad de préstamo. Les ofrecieron pagarles un interés mensual de 10% y 15%, y como garantía ofrecieron su casa y sus tierras de cultivo. Luego, transfirieron los fondos a cuatro conocidos que ofrecieron pagarles un interés mensual de 15% y 20%. De los cuatro socios, tres dijeron que darían prestado el dinero a unos hombres que iban para los Estados Unidos. El cuarto dijo que necesitaba capital semilla para captar un proyecto de ayuda internacional. Así, Magdalena y su esposo prestaron unos Q500,000 (\$1.00 x Q7.8, unos \$64,000) y se lo entregaron a los cuatro socios. Con esto esperaban cosechar millones.

Lo que ellos no sabían era que sus socios invirtieron los fondos en un sacerdote maya mam quien les prometió riquezas de un volcán. Lo último que se supo de este zahorín fue que tenía una orden de captura, lo cual no interfirió con su negocio de carros usados que poseía en la frontera con México. Para continuar con la historia de Magdalena, el título de su casa cayó en manos de un banco. Estaban por perderla cuando el banco finalmente le otorgó un refinanciamiento de Q225,000 de la deuda. Ella y su familia podrán quedarse con la casa siempre y cuando paguen las cuotas mensuales de Q3,000. al banco. Pero, la única manera de que ellos puedan generar Q36,000 (\$4,600) al año es si trabajan en los EE.UU. Para lo cual el esposo de Magdalena se ha reunido con su hijo en Houston, donde los dos lavan platos en restaurantes, aunque no consiguen las horas necesarias para ganar lo suficiente. Si logran permanecer en los Estados Unidos y si envían las remesas puntualmente, entonces el banco libraré su casa de toda deuda en 2024.

Si me hubieran contado esta historia hace unos años, no la hubiera creído. ¿Cómo es que los guatemaltecos que tienen ingresos de \$1,500 al año pueden dar préstamos de \$10,000? ¿Cómo es que pueden cobrar esas tasas de interés tan agobiantes? ¿Cómo pueden creer que

la riqueza procede de los volcanes? ¿Cómo es que su lucha por ganar dólares en los EE.UU. los hace más pobres? Para contestar estas preguntas tenemos que pensar en dos vacas sagradas del actual panteón de la ilusión: 1) el microcrédito y 2) cruzar las fronteras ilegalmente en búsqueda de una mejor vida. El gusano en las dos manzanas es cierta clase de deuda, la clase que se convierte en un mecanismo de empobrecimiento.

La primera indicación que tuve de que la deuda podría ser el motor de la migración fue un año antes de conocer a doña Magdalena, una calurosa noche en Baltimore. Fui a visitar a un hombre que había pasado diez años en las montañas como guerrillero marxista. Trabajaba en un supermercado coreano, setenta y dos horas a la semana y enviaba suficiente dinero para construir una casa. Él, sus dos hijos y otros diez guatemaltecos vivían en un apartamento de tres habitaciones, en un complejo habitacional que parecía albergar gente de todas partes del mundo. El complejo estaba bastante vigilado y normalmente era tranquilo. De repente, las luces giratorias de una ambulancia alumbraron la cuadra. Varios paramédicos fornidos trataban de sujetar a una camilla, a un joven guatemalteco que estaba bolo y chillaba. El joven había golpeado a su padrastro en la cara, el padrastro llamó a la policía y el hijastro salió corriendo y cayó fuera de un balcón. O había saltado, esto no estaba claro. Los dos habían estado discutiendo por la deuda que él debía por venir a los Estados Unidos. Como no había encontrado trabajo, hablaba de suicidarse.

La migración de mexicanos y centroamericanos a los EE.UU. ha generado mucha atención, pero pocos periodistas y académicos le han puesto la suficiente atención a los fundamentos necesarios de la obligación financiera.<sup>1</sup> Digo necesarios porque: ¿En dónde pueden los campesinos centroamericanos encontrar los \$5,000 que necesitan para atravesar México y cruzar la frontera con EE.UU.? Si el mercado laboral estadounidense los necesitara, los amigos o familiares que ya tienen trabajo en los EE.UU. les pagarían el viaje y así los recién llegados podrían pagar la deuda en cuestión de meses. Pero muchos guatemaltecos en EE.UU. no tienen un empleo estable, y no está claro si la economía estadounidense los necesita, aún antes de que el pánico crediticio de septiembre 2008 llevara a los EE.UU. a una recesión. Cinco meses antes de la crisis financiera, en Homestead, Florida a las 7:30 de la mañana, conté más de cien guatemaltecos que buscaban trabajo en un lugar. Peor aún, no había nada nuevo en su situación. Por varios años los guatemaltecos habían estado luchando por encontrar trabajo en Homestead y seguían llegando más. ¿Eran como polillas tontas que se dirigen a las llamas? ¿O seguían viniendo, no porque fueran atraídos por los salarios (en Homestead normalmente los salarios están abajo del mínimo), sino porque eran empujados por las deudas contraídas en su país?

Una razón por la cual se ha ignorado la deuda es que los migrantes pueden ser muy reservados para hablar acerca de eso. Pero en el pueblo de Nebaj, el tema de la deuda se ha convertido en un asunto público debido al desplome inesperado de una burbuja económica. Durante quince años, la sucesión bendita de proyectos de ayuda internacional, préstamos a bajo interés y las remesas que llegan de los EE.UU., permitieron que miles de nebajenses prosperaran como nunca antes lo habían hecho. Con la llegada de las instituciones de crédito los préstamos proliferaron casi para cualquiera que los pidiera. Era tan fácil obtener un préstamo que muchos nebajenses solicitaron, no uno, sino dos, tres y hasta cuatro préstamos. La oleada de préstamos y remesas provocó que las propiedades locales

alcanzaran precios astronómicos. Luego, más de un año antes de la crisis crediticia estadounidense de septiembre de 2008, a los nebjenses se les hizo más difícil pagar sus préstamos. Al tambalearse la estructura financiera de los EE.UU., una asociación de mujeres de Nebaj solicitó a las organizaciones internacionales y al gobierno de Guatemala un rescate financiero en octubre de 2008. No obstante, a diferencia de los grandes especuladores de Wall Street, ellas no lo consiguieron.

Lo que sigue es una ventana inesperada hacia un tema poco conocido—cómo los campesinos guatemaltecos han utilizado el crédito formal e informal para financiar la migración ilegal hacia los EE.UU. y, como resultado, ahora se encuentran hundidos. Nebaj es un pueblo maya indígena peculiar. Se ha beneficiado con un sinnúmero de proyectos de ayuda internacional. Sin embargo, sospecho que lo que he encontrado en Nebaj sucede en otros lugares. Las historias que escucho sugieren que la migración es un proceso altamente competitivo, no solo en el mercado laboral de los EE.UU., sino en la población de origen, alimentada por la competencia de las tierras, herencias y escasas oportunidades de progreso. Las historias que escucho también sugieren que la migración es un proceso que se basa en la deuda, por lo que los migrantes y sus familiares se endeudan de tal manera en el proceso de migración, que muchos no pueden pagar. Las deudas no solo hacen posible la migración, sino que presionan a que más gente viaje hacia el norte, en una cadena de explotación que absorbe más valor del que devuelve a la población.

Por mucho tiempo los mexicanos y otros latinoamericanos han visto la migración hacia los EE.UU. como un paso a la prosperidad. Muchos de los estadounidenses están de acuerdo con ellos. Se supone también que los microcréditos son un gran beneficio para los pobres de países en vías de desarrollo, especialmente para las mujeres con niños, sin tener que abandonar sus hogares. En 2006, el entusiasmo por el microcrédito alcanzó su punto máximo, cuando el Premio Nobel de la Paz fue otorgado a Muhammad Yunus y su Banco Grameen en Bangladesh: “por sus esfuerzos por crear desde abajo un desarrollo económico y social.” Los inversionistas celebraron “la fortuna en la base de la pirámide”, para citar el título de un libro de gran éxito. No solo los microcréditos capacitan a la gente pobre a salir por sí solos de la pobreza; sino que pueden llegar a convertirse en una fuente maravillosa de ganancias para la industria bancaria y el capital transnacional.

La antropóloga Julia Elyachar ha utilizado el término “deuda de empoderamiento” para referirse a este inesperado consenso, entre los banqueros y los activistas sociales, que se puede empoderar a la gente pobre a través de los préstamos.<sup>2</sup> Que los defensores de los pobres celebren el crédito como una panacea es sorprendente porque es muy fácil encontrar ejemplos de lo contrario, en los cuales la deuda viene a ser una técnica para separar al pobre de sus últimos bienes, especialmente de su tierra. En 2010 en la India y Bangladesh, una ola de protesta se alzó en contra de la industria microfinanciera. Se les acusaba de presionar a sus clientes a pedir préstamos con altas tasas de interés que los hacía más pobres. En Latinoamérica también existen muchas inquietudes respecto a la industria microfinanciera.<sup>3</sup> Cuando los latinoamericanos buscan aumentar sus salarios por medio de introducirse al mercado laboral estadounidense, muchos se ven obligados a prestar grandes cantidades y a tasas de interés muy altas. Como garantía presentan los títulos de sus tierras

de cultivo y de sus casas, ya sean propias o de sus familiares, por lo que el riesgo trasciende a las familias. Si no pagan la deuda rápidamente, pueden perder los medios de producción de toda la familia.

## **¿Me podés ayudar a encontrar un trabajo?**

Los Cuchumatanes son una cordillera en Guatemala donde habita gente que, si tiene la oportunidad, te pide trabajo. Muchos prefieren un trabajo en tu país y no en el de ellos. Dicen: “Hago cualquier cosa.” Me han preguntado si tengo una hermana soltera para casarse con ella; un adolescente me saludó un día vestido solo en paños menores y me dijo: “Lléveme con usted.” Los habitantes de la cordillera de los Cuchumatanes son, en su mayoría, campesinos indígenas. Algunos practican tradiciones más antiguas a la conquista española; hablan sus propios idiomas (once en total, todos mayas) pero muchos también hablan español; y si les das tu número de teléfono, ellos te llamarán por su celular. No es que quieran unirse al mundo moderno—en él han pasado los últimos quinientos años. La verdad es que quieren gozar del mundo moderno como los lectores de este libro lo hacen. Ven televisión, los visitan equipos de derechos humanos y han llegado a la conclusión que el único lugar en el que pueden ganarse una vida digna es en los Estados Unidos.

Esta no es la primera vez que la gente de los Cuchumatanes ha aspirado a una mejor vida. En los años setenta, los que estaban más insatisfechos y fueron más audaces se unieron al Ejército Guerrillero de los Pobres (EGP), una organización marxista-leninista que intentó derrocar al gobierno de Guatemala, liderar una revolución social y convertir a Guatemala en una sociedad sin clases. Contrario al nombre de EGP, el movimiento fue iniciado por intelectuales de la clase media, ladinos, en lugar de indígenas mayas.

De manera desastrosa, el EGP nunca pudo conseguir suficientes armas para proteger las decenas de miles de civiles involucrados en su organización. El ejército de Guatemala llegó y quemó aldeas completas. Miles de gentes murieron en las masacres, la mayoría perpetradas por el ejército pero algunas también cometidas por la guerrilla. Los sobrevivientes se vieron forzados a huir a las montañas donde miles murieron de hambre, frío y enfermedad.

El movimiento revolucionario murió junto con ellos.

Desde entonces los consultores internacionales han invadido los pueblos de los Cuchumatanes.

Primero, la contrainsurgencia y luego la ayuda extranjera han introducido nuevas carreteras que en forma de zigzag suben por las empinadas cordilleras hacia cientos de aldeas. Mucha gente vive ahora en mejores casas que antes, con mejores paredes hechas de blocs de cemento y mejores techos hechos de láminas. La mayoría puede viajar en bus o en picop para ir al mercado, la mayoría de niños va a la escuela aunque sea por unos años, y rara vez alguien anda todavía descalzo. En base a estos indicadores, me gustaría informar que a la gente de los Cuchumatanes le va mejor. En comparación a los peores momentos de la confrontación ejército-guerrilla, en realidad están mejor. Pero la mayoría apenas gana lo suficiente para vestirse y alimentarse. A inicios del siglo 21, el 96.6% de las fincas en el

departamento de Huehuetenango fueron clasificadas oficialmente como sub-familiares, es decir insuficientes para sostener una familia.<sup>4</sup>

Así que, en la última generación como los proyectos de ayuda han reemplazado a la guerra, la gente de los Cuchumatanes cada vez se convence más que su futuro se encuentra en los Estados Unidos—ya sea que se vayan a trabajar temporalmente o que se trasladen de una vez por el resto de sus vidas. En esto no son los únicos. En 2010 uno de cada ocho habitantes de los Estados Unidos había nacido en el extranjero—el más alto porcentaje desde la década de los años veinte. Más de la mitad de los recién llegados procede de Latinoamérica, de acuerdo a la Oficina del Censo de los EE.UU.<sup>5</sup> Existen 850,000 guatemaltecos, la mitad de los cuales está legalmente en los EE.UU, de acuerdo a las proyecciones gubernamentales. La Organización Internacional para las Migraciones (2011:52, 63) calcula que el número de guatemaltecos en los EE.UU. es casi el doble—1.6 millones—de los cuales un tercio serían residentes legales o ciudadanos.<sup>6</sup> Eso significaría que uno de cada nueve guatemaltecos está en los EE.UU. legal o ilegalmente.

¿Por qué esta fijación de irse al norte? En 2010, los guatemaltecos en los EE.UU. mandaron a sus hogares \$4,160,000,000, la mayor fuente de divisas del país.<sup>7</sup> De acuerdo a los cálculos de la OIM, 1.3 millones de hogares y 4.5 millones de guatemaltecos (un tercio de la población) se benefician de las remesas. Cuando los guatemaltecos que ingresan ilegalmente a los EE.UU. son capturados—en 2010 se deportaron 30,855—dicen que no tenían otra opción.<sup>8</sup> Rápidamente apelan a la necesidad económica. Ya sea o no el caso—los migrantes rara vez son los más pobres de los pobres—pero la diferencia entre los salarios por hora de Guatemala y de los EE.UU. los hipnotiza. Los agricultores que ganan \$5 al día pueden llegar a ganar la misma cantidad, y posiblemente el doble o triple, en una hora. Son los creyentes más recientes del sueño americano, la promesa que cualquiera que llega a los EE.UU. y trabaja duro será recompensado con una mejor vida para él; o por lo menos para sus hijos.

El asombro que los campesinos guatemaltecos demuestran ante la riqueza de los EE.UU. es el reflejo de cómo los estadounidenses se entusiasman con Guatemala, por lo menos en su primera visita. Lo que más les gusta a los extranjeros, aparte del aroma de las flores tropicales y la cadena de volcanes que se desplaza a lo largo del altiplano, es su pintoresco atraso. Las camionetas llenas de gente y animales van a todas partes a través de las verdes montañas moldeadas por la agricultura. Para los estadounidenses Guatemala es similar a México pero más indígena. La línea divisoria entre ambos países es reciente, y la vida en los dos países está sujeta a la interrupción repentina—ya sea por erupciones volcánicas, terremotos y la contienda política. Al observar más detenidamente, Guatemala es un país más pobre que México. No hay ningún otro país en América Latina donde la tierra esté tan desigualmente distribuida. La mayor parte de la tierra productiva es propiedad de terratenientes que casi nunca se aparecen por sus fincas y la desnutrición es común, especialmente entre los niños.

Si los migrantes guatemaltecos siempre apelan a la necesidad económica, los defensores de los derechos humanos rápidamente aducen la necesidad de asilo político. Desde que el país se independizó de España hace doscientos años, la mayoría de los gobiernos han defendido los intereses de los finqueros. Desde 1944 a 1954, en el poder estuvieron los reformistas quienes favorecían a los campesinos, lo cual culminaría en una redistribución de la tierra.

Pero esto disgustó a la United Fruit Company de Boston. También el gobierno de los EE.UU. estaba molesto, pero más por los intelectuales comunistas que llevaban la batuta, por lo que en 1954 la Agencia Central de Inteligencia derrocó al gobierno electo. La nueva administración abolió la reforma de la tierra y suprimió los sindicatos. Excluidos del proceso electoral, los estudiantes radicales y los oficiales del ejército disidentes huyeron a las montañas y reclutaron campesinos para la guerrilla. En la cúspide de la confrontación, en 1981-83, el ejército masacró miles de civiles. Un cuarto de millón de campesinos abandonó sus hogares, aterrorizados salieron en desbandada hacia México, donde muchos pasaron diez años en los campamentos de refugiados.

En 1996, después de treinta años terminó la confrontación ejército-guerrilla. Se firmó un tratado de paz auspiciado por las Naciones Unidas. Los insurgentes entregaron las armas y un gobierno electo redujo el ejército y realizó otros cambios. Infortunadamente, el crimen callejero se disparó y por ende la tasa de homicidios, a tal grado que el número anual de asesinatos ahora supera el número anual de la guerra civil. Las pandillas de jóvenes han proliferado así como toda clase de extorsionistas. De 2006 a 2010, asesinaron a 630 choferes de camionetas y 201 ayudantes por no pagar el dinero del chantaje.<sup>9</sup> Añadido a la inseguridad, debido a la guerra norteamericana contra las drogas, los traficantes mexicanos y colombianos se han visto forzados a encontrar nuevas rutas por lo que el ala mafiosa de la elite de Guatemala les ha dado la bienvenida. No estaría completo el recuento de los grupos criminales florecientes del país, sin mencionar los episodios absurdos que involucran a los corruptos comandantes de la policía, políticos y oficiales retirados del ejército. Tanto la policía como las cortes de justicia son poco confiables y la gente tiene miedo a denunciar los crímenes, ya que los acusados o sus amigos pueden dar con su paradero y matarlos. Para protegerse a sí mismos, cientos de aldeas y vecindarios se han organizado en patrullas de autodefensa. Cuando los ciudadanos enfurecidos agarran a los sospechosos, se convierten en linchadores. Su método favorito de ejecución es arrojarles gasolina encima y quemarlos vivos.

Podría decirse que, debido a lo peligroso que es vivir en Guatemala, cualquiera califica para solicitar asilo en los Estados Unidos. Veamos qué les pasó a la familia Soyos. Una noche, en la capital, estaban sentados en el sofá viendo televisión. La casa comenzó a temblar, salió polvo del suelo, y el señor Soyos, dos de sus hijos y el sofá desaparecieron dentro de un hoyo que de repente se abrió en la tierra. Sesenta metros hacia abajo, un colector de lluvia colapsó y se los tragó, llevándoselos a su muerte. Semanas antes, los vecinos se habían quejado de que temblaba y oían retumbos, por lo que unos inspectores instalaron un detector sísmico, pero nadie pudo predecir el sumidero gigante, a pocos pasos de una de las arterias de tráfico más transitadas del país.<sup>10</sup> Desde entonces, la aparición repentina de un segundo hoyo gigante situado en la misma línea de alcantarillados y vaticinando que se puedan abrir otros más, ha llegado a ser otra metáfora para que los guatemaltecos se lamenten de su tendencia general a dejarse dominar por el desastre. Algunas catástrofes parecen ser desastres naturales, otras pueden atribuirse a los Estados Unidos o a los carteles de la droga, pero los guatemaltecos también se culpan unos a otros—por su egoísmo, negligencia, capricho y tendencia a la anarquía. En el caso del sistema de alcantarillado que se tragó a la familia Soyos, parece que un porcentaje demasiado grande del presupuesto de construcción fue a parar a los bolsillos de los políticos que seleccionaron al contratista.

A juzgar por las noticias del día a día, los catorce millones de guatemaltecos están en constante riesgo de un colapso en su infraestructura, de oficiales corruptos y de criminales fuera de control. Cada vez determinan más, no solo que su país no funciona bien y que nunca logrará funcionar bien, sino también porque está habitado por los mismos guatemaltecos que prefieren irse. El deseo nacional de zafarse es una razón por la que el periódico de mayor prestigio del país, *Prensa Libre*, cubre en más detalle el debate estadounidense sobre la migración, que muchos periódicos estadounidenses. También es la razón por la cual los campesinos pueden estar mejor informados que los mismos estadounidenses acerca de las últimas medidas represivas que toma este gobierno. El flujo anual de remesas desde los Estados Unidos se ha convertido en un índice importante del bienestar nacional. Las nuevas tretas para escapar de Guatemala reciben cobertura destacada, desatan rumores y enriquecen a los estafadores quienes, a cambio de cuantiosas tarifas, ofrecen visas extranjeras que nunca salen. El mismo día que *Prensa Libre* publicó una advertencia del gobierno contra la migración ilegal, su sitio en la red anunciaba un ardid para inscribirse en la lotería de visas para los EE.UU.<sup>11</sup> Como una estrategia en el año de elecciones, el Ministro de Relaciones Exteriores ofreció hasta \$5,000 para repatriar los restos de cualquier guatemalteco que muriera en los EE.UU.<sup>12</sup>

En la televisión y los periódicos, las noticias sobre la migración se disputan con las noticias sobre tráfico de drogas, asesinatos y turbas de linchamiento:

- Asesinan a Jafid de Jesús Taque López de veintitrés años de edad, mientras manejaba en la capital, con balas calibre 9-mm disparadas de otro vehículo, dos días después de regresar de los EE.UU.<sup>13</sup>
- Veintisiete guatemaltecos son abandonados en Córdoba, España, por un traficante de personas que les había prometido trabajos en construcción y limpieza. Los migrantes pagaron entre \$2,400 y \$5,300 por el viaje. Un abogado español busca legalizar su situación en base a que fueron víctimas de estafa.<sup>14</sup>
- La policía de México encuentra 164 migrantes ilegales, la mayoría de ellos guatemaltecos, dentro de un tráiler que supuestamente llevaba ayuda humanitaria a las víctimas de un huracán.<sup>15</sup>
- El puerto de Ocosingo en el Pacífico se ha convertido en puerto de embarque para centroamericanos, ecuatorianos y asiáticos. Veinticuatro de ellos pierden sus vidas cuando se hunde el barco en que iban.<sup>16</sup>
- En una graduación de cadetes de la policía, el Presidente Oscar Berger comenta que quince mareros fueron deportados de los EE.UU. y son los responsables de nueve zonas de violencia en la capital.<sup>17</sup>
- Por vía telefónica, un joven miembro de una pandilla demanda cuarenta mil quetzales de una mujer que vive en un vecindario periférico de la capital. Si no lo hace, matarán a uno de sus hijos. Su esposo está en los EE.UU. por lo que ella decide no decirle nada y entregar el dinero.<sup>18</sup>
- Josefa Abzún de Quetzaltepeque, Chiquimula ha puesto sus esperanzas en su hijo de diecinueve años quien está en Mount Kisco, Nueva York, para pagar la deuda de \$6,400 que dejó su papá antes de morir en ese lugar después de darse a la bebida y terminar estrangulado. El padre de familia muerto era un agricultor analfabeta; la deuda que dejó está garantizada con la casa de la familia, quienes están a punto de perderla porque la deuda sigue creciendo a un interés del 10% mensual.<sup>19</sup>

## ¿Existe un derecho humano para el sueño americano?

Mi primera visita a los Cuchumatanes fue en noviembre de 1982 como aprendiz de periodista que entrevistaba a los refugiados de la guerra. El lugar más fácil de encontrarlos era hacia el oriente de la cordillera, en el pueblo maya ixil de Nebaj. Los hablantes del idioma maya ixil predominan en los tres municipios de Nebaj, Chajul y Cotzal. Los ixiles de cada municipio hablan un dialecto diferente pero entendible entre ellos. Culturalmente, son una de las ramas más conservadoras de los cinco millones de hablantes de los idiomas mayas en Guatemala y México; sus sacerdotes todavía utilizan el calendario maya que se inició en los albores de la civilización mesoamericana. Pero en 1982, se encontraban en medio de una zona de guerra debido a que miles de ixiles se habían unido a la organización guerrillera más grande de Guatemala, el Ejército Guerrillero de los Pobres. Un mayor número de ixiles había sido forzado a unirse a las patrullas de autodefensa civil del gobierno, una milicia pobremente armada que utilizaba el ejército como escudos humanos durante las emboscadas.

Cinco años más tarde, regresé a Nebaj como antropólogo, con la intención de escribir mi tesis doctoral sobre si un auge en la iglesia evangélica estaba por desplazar a la iglesia católica. Hasta quince mil refugiados vivían aún en las montañas para evadir las patrullas del ejército, ya que sus hijos servían en pequeñas pero diestras unidades guerrilleras. Mas el ejército tenía bajo su control a una gran mayoría de la población. De estos últimos había muchos que buscaban refugio político en multitud de iglesias evangélicas que en conjunto atraían ahora más a la gente que la iglesia católica ubicada en la plaza. Así Nebaj también se convirtió en la meca para las agencias nacionales e internacionales que ayudaban a los refugiados a empezar de nuevo. Gracias a las magníficas fotos tomadas por la periodista estadounidense Jean-Marie Simon (1987), las mujeres de Nebaj con sus faldas rojas y sus blusas de intrincado tejido, comenzaron a ser un símbolo para todo el país. Aunque en otras áreas de la república habían sufrido igual o más, ningún otro municipio atrajo a tantos proyectos como Nebaj.

Yo quería oír acerca del conflicto armado, pero los nebajenses querían oír acerca de proyectos de ayuda y de encontrar trabajo en los Estados Unidos. Me preguntaban: “¿Cuánto pagan por trabajar en el norte?” ¿Conocía yo a alguien que pudiera darles trabajo? Entre mis objetivos de investigación no estaba el de ayudar a los guatemaltecos a escapar a los EE.UU. No creo que los EE.UU. sea la solución para los problemas del mundo; soy más de la escuela que piensan que los EE.UU. es el problema. Pero si observamos lo que los antropólogos hacen para ganarse la vida, la migración en masa no debe causarnos sorpresa. Nosotros los antropólogos hemos estado viniendo a Guatemala por casi un siglo, y las razones pueden resumirse en una sola palabra—los mayas. Los antiguos templos de piedra cubiertos de vegetación, los campesinos del altiplano que hablan idiomas pre-colombinos, ritos católicos practicados desde la Edad Media, católicos que se convierten en evangélicos, marxistas que impulsan una revolución, tropas del ejército que queman aldeas enteras, refugiados que se mueren de hambre en las montañas, voluntarios internacionales que traen proyectos de ayuda—Guatemala es un lugar



irresistible para llevar a cabo estudios antropológicos. Como tantos guatemaltecos han estado dispuestos a ayudarnos, obviamente estamos en deuda con ellos.

No hay ninguna razón para suponer que la agenda de los neabajenses sea igual a la mía y a la de otros extranjeros que vienen a su país. Desde hace mucho, los antropólogos se han dado cuenta que el trabajo de campo es una transacción que se supone beneficia tanto a los sujetos objeto de estudio como a nosotros mismos. En las últimas décadas la proliferación de organizaciones no gubernamentales (ONG), ha fomentado la esperanza de que gente como yo y como los ixiles podemos trabajar una agenda compartida que les sirva a todos. Sin embargo, ambas partes son tan desiguales que es difícil equilibrar el intercambio. Cuando visito Guatemala, vivo modestamente pero en un mes gasto lo que la mayoría de ixiles ganan en un año. Mientras yo me paseo con mi pasaporte estadounidense y mi boleto de ida y vuelta por las fronteras nacionales, la mayoría de mis amigos de Nebaj, incapaces de conseguir sus visas, deben prestar varios años de ingresos monetarios y caminar a través de desiertos.

Una manera de ver las transacciones entre chapines y gringos es lo que Paul Sullivan llama “la conversación inconclusa” o “la larga conversación.” Sullivan aplica esta metáfora a las negociaciones entre los mayas cruzob de la Península de Yucatán y el arqueólogo estadounidense Sylvanus Morley. Para excavar la ciudad de Chichén Itzá perteneciente al postclásico maya, Morley necesitaba entablar buenas relaciones con la población local. Ochenta años antes, la gente de este lugar había ganado su independencia del estado de México en un conflicto sangriento conocido como la Guerra de Castas. Los mayas forzados a integrarse a México pero con sueños de independizarse de nuevo esperaban que el arqueólogo les proporcionara armas. Cuando el historiador Nelson Reed llegó para entrevistar a los últimos líderes de la república indígena antes de que murieran, ¿adivinen qué? Todavía querían que les dieran armas, y esto sucedió en los años sesenta.

Las relaciones entre mayas y estadounidenses fueron amigables, pero llenas de malentendidos y manipulaciones por ambas partes. Lo que cada lado quería era muy diferente. Lo que se dijeron fue el último debate de una larga conversación que se remonta a la conquista española y que continúa hoy en día, aunque por diferente gente. A diferencia de un diálogo, en el cual se trabaja hacia una meta común y finalmente se llega a un acuerdo, una larga conversación no terminará en un acuerdo porque no tiene un fin previsible. No tiene un fin previsible porque las dos partes no quieren lo mismo. Podría llamarse un argumento largo pero debido a que las dos partes se necesitan mutuamente, nunca se termina. La gente que inició la conversación muere, otros toman su lugar y la discusión toma nuevas direcciones.<sup>20</sup> De manera extraña y maravillosa, una conversación que empezó hace quinientos años, y que solía girar alrededor del poder europeo y el cristianismo, ha evolucionado en una conversación acerca de los derechos humanos. Recientemente, la conversación acerca de los derechos humanos se ha transformado en una conversación acerca de los derechos de inmigración.

Cuando uno participa en estas conversaciones en los países pobres, uno tiene que lidiar con el contraste entre la habilidad de unos para cruzar las fronteras nacionales de manera legal y cómoda, y la inhabilidad de otros para hacer lo mismo. No es justo. Los guatemaltecos preguntan: ¿Si les damos permiso para visitar nuestro país, porque ustedes no nos dan

permiso para visitar los EE.UU.? Esta es una buena pregunta, para la cual hay una buena respuesta: No ofrezco trabajar para su patrón por un menor salario que el que ellos ganan. Aún así, el asunto es doloroso para cualquiera que tiene amigos o familiares que desean ir a los EE.UU. Cientos de millones de gente alrededor del mundo sueñan con ganar salarios más altos en los EE.UU. que lo que ganan en sus países. En donde yo vivo, en el pequeño y políticamente progresista estado de Vermont, muchos de nosotros nos enorgullecemos por solidarizarnos con la gente que se encuentra atrapada en los países pobres. No hace falta decir que apoyamos las políticas generosas de migración. Ya que no nos ganamos la vida como traficantes de humanos o abogados de migración, aportamos nuestro grano de arena al apoyar los derechos humanos. Pero cuanto más hablamos de derechos humanos, más se hace evidente que los derechos humanos llegarán a países como Guatemala solo lentamente, si es que alguna vez llegan. Mientras tanto, los guatemaltecos creen que tendrán una mejor vida en el norte, que la que puedan llegar a tener en su propio país. Entonces, trasladarse a un país estable y rico ha llegado a ser un mensaje entre líneas de los derechos humanos. ¿Existe un derecho humano para el sueño americano?

Los defensores de los derechos humanos hacen énfasis en que el conflicto armado es la razón de que muchos guatemaltecos se han ido a los EE.UU., como si no tuvieran otra opción que huir por sus vidas. “Los primeros mojados fueron San José, la Virgen María y Jesús”, declara el arzobispo de Guatemala, al invocar a la Santa Familia en su huida a Egipto.<sup>21</sup> En realidad, la guerra civil sí es una razón del por qué la gente llegó al norte gota a gota en los cincuenta y sesenta, y se convirtió en un torrente en los ochenta. Hasta 1.5 millones de guatemaltecos fueron desplazados por el conflicto ejército-guerrilla, principalmente debido a la política del ejército de masacrar poblaciones civiles que apoyaban a la oposición. Los refugiados huyeron por la frontera con México, y algunos lograron introducirse en los EE.UU. Sobre esta base, los abogados estadounidenses en materia de migración empezaron a argumentar que todos sus clientes guatemaltecos eran refugiados. Según el punto de vista de los defensores de los derechos de los migrantes, los Estados Unidos tienen una obligación moral de dejar entrar a los guatemaltecos debido a que, de una manera o de otra, todos son víctimas de una represión respaldada por este país. Sin embargo, la gran mayoría de guatemaltecos llegó a los EE.UU. mucho después que la violencia política se había calmado a mediados de los ochenta. Tampoco fue necesario que se desataran guerras civiles en Honduras, Ecuador y la República Dominicana para impulsar corrientes migratorias similares desde estos países. ¿Serán entonces refugiados por razones económicas? Esto también es difícil de sustentar porque la mayoría de los migrantes no pertenecen a los estratos sociales más pobres. Como un grupo, los migrantes guatemaltecos son golpeados por la pobreza en relación al rápido aumento de sus expectativas. Si la frustración al no cumplir con esas expectativas califica a una persona como un refugiado económico, entonces la mayoría de la población del mundo también califica.

Cuando las autoridades estadounidenses arrestan a los guatemaltecos por falta de papeles, una de las pocas maneras que pueden pelear para que no los deporten es solicitar asilo político con la ayuda de un abogado. Para cumplir con la norma jurídica del asilo, deben ser capaces de presentar documentación sobre el riesgo que correrán de sufrir persecución individual al regresar a su país. En los noventa y a inicios de 2000, los guatemaltecos por lo general reclamaban que eran perseguidos por las dos partes contendientes de la guerra

civil. Infortunadamente, la mayoría de solicitantes no había dejado su país sino mucho después que los guerrilleros habían desaparecido. En 2007 comencé a escuchar una nueva versión del argumento—que el solicitante era perseguido, al mismo tiempo, por las pandillas y por la policía nacional.

Una abogada de Boston, a través de la Red Académica para Guatemala (Guatemala Scholars Network), me pidió que la ayudara con un cliente que estaba a punto de ser deportado. Ramón era un maya k'iche' de aproximadamente treinta años de edad del municipio ixil de Cotzal; había ingresado a los EE.UU. por Canadá. Al ser arrestado solicitó el asilo político. Le contó a la abogada que cuando era un menor, a su pueblo había llegado un pelotón de soldados que llevaban grandes armas montadas en bayonetas. Un soldado interrogó a sus papás, les cortó las orejas, los forzó a comérselas, los encerró dentro de la casa y luego los quemó vivos. El pequeño Ramón fue llevado a un orfanato católico en Nebaj, donde pasó tres años y de donde salió a la edad de doce. Para ganarse la vida se dirigió a la costa sur a trabajar en el muy conocido ingenio de azúcar Pantaleón donde por fin logró ascender. Infortunadamente, en su camino al trabajo se encontró con una pandilla de jóvenes que acostumbraban pedir dinero a los transeúntes y en esa oportunidad le tocó a él. Una noche de 2006 negociaba con la pandilla cuando de repente fueron asaltados por hombres que iban en un picop—una patrulla de policías vestidos de civil que se dedicaban a la “limpieza social”, es decir a la ejecución de pandilleros. Ramón logró escapar. Ahora temía tanto de la policía como de la pandilla, por lo que Ramón decidió que en ningún lugar de Guatemala estaría a salvo. Así que se encaminó hacia el norte, primero a México, luego los EE.UU., Canadá y de regreso a EE.UU.

Casualmente estaba en Nebaj cuando la abogada me pidió si podía proporcionarle una declaración jurada a favor de Ramón. Así que me ofrecí para corroborar su historia si podía. Un amigo conocía a las monjas que administraban el orfanato católico. El orfanato era muy pequeño y la Madre Roxana no recordaba a nadie de ese nombre. Mi amigo también pasó por la aldea de Ramón y verificó que era de una familia conocida y no de una pobre. Entonces, me di cuenta de otras incoherencias. Si Ramón había sido un empleado destacado en el Ingenio Pantaleón, propiedad de una de las familias más poderosas del país, ¿por qué su supervisor no abogó por él delante de la policía? Su aldea, San Felipe Chenlá en Cotzal, no había sufrido la clase de masacre que describió (aunque en otras sí). Otra incoherencia consistía en las bayonetas montadas en las armas de los soldados. Las bayonetas no pueden montarse en ninguno de los rifles usados por el ejército guatemalteco—Galils y M-16—y tampoco en las armas usadas por los guerrilleros.

Concluí que la historia de Ramón no estaba bien sustentada y se lo dije a la abogada. Pero las bayonetas se incluyeron en la retahíla de argumentos que los guatemaltecos usan en sus solicitudes para pedir asilo. En 2009, el gobierno de los EE.UU. recibió 3,250 solicitudes de guatemaltecos para asilo político y solo aprobó 155 de ellas.<sup>22</sup>

**¿Es obligación moral de los estadounidenses ayudar a los guatemaltecos llegar a los EE.UU.?**

Los únicos neabajenses en los Estados Unidos en los años ochenta eran ladinos que habían logrado alcanzar su propósito a través de contactos en la ciudad de Guatemala y Huehuetenango, con la excepción de una sola mujer ixil que se casó con un gringo. Cuando los ixiles me preguntaban si podía ayudarlos para entrar a los EE.UU. y encontrar un trabajo, siempre les dije que no. Yo no era un patrón ni quería llegar a ser uno. Ni tenía familiares o amigos que pudieran emplearlos. Pero a principios de los años noventa, un puñado de ixiles lo lograron después de trabajar en la ciudad de Guatemala y conocer a alguien que podía mostrarles cómo hacerlo. Los estafadores aparecieron para embaucar a los ixiles que estaban hambrientos por irse al norte, pero también lo hicieron los genuinos traficantes desde Huehuetenango, en la parte occidental de los Cuchumatanes. Los hombres comenzaban a seguirse unos a otros al norte; en 2002 un coordinador de ayuda belga contó 151 de ellos de cuatro diferentes aldeas que habían logrado llegar a los EE.UU. Al siguiente año eran miles, principalmente de Nebaj y no de Cotzal ni Chajul.

Como los antropólogos estamos obligados con la gente que hace posible nuestra investigación, ¿debería ayudar a mis colaboradores a migrar a los EE.UU.? ¿Es ético que yo me rehúe a sus súplicas de ayuda? ¿Sería más ético de mi parte ayudarlos a ingresar a los EE.UU.? El supuesto más generalizado entre mis colegas es que tenemos la obligación moral de acoger a los guatemaltecos migrantes, tal como los estadounidenses por largo tiempo han recibido (o al menos aceptado) a los migrantes de todas partes. De acuerdo a los abogados de los derechos humanos que se están convirtiendo en abogados de los migrantes, la violencia política de los ochenta fue otro capítulo en la larga historia de colonialismo que continúa al presente. Como muchos otros latinoamericanos, los guatemaltecos sufren de las políticas de austeridad del capitalismo neoliberal, que les dificulta cada vez más ganarse la vida. Así, su decisión de irse a los EE.UU. es una respuesta a la opresión y cualquier intento de detenerlos a través del cumplimiento de leyes migratorias es una violación para sus derechos humanos.

Consideremos los siguientes sucesos que se iniciaron cuando un antropólogo solicitó en la embajada estadounidense visas de turistas para una tejedora de Nebaj y su esposo. El antropólogo estaba impactado por las habilidades que doña Marta poseía para tejer y también por su sufrimiento. Dos décadas antes, el ejército arrestó a todos los hombres de su familia. Nunca más los volvieron a ver, solo quedaron mujeres y niños. También le había causado impresión al antropólogo, el activismo político de Marta en una afiliación local de una organización nacional de viudas. En realidad, Marta estaba decepcionada de la organización porque no fue capaz de ayudarla a construir una casa, y estaba cautivada ante la idea de ganar dólares. Así que convenció al antropólogo para que la invitara, a ella, a su esposo actual y a cinco familiares y vecinos como una delegación para explicar el sufrimiento de su gente en los EE.UU. A todos ellos la embajada de los EE.UU. les concedió visas de turista.

Tan pronto como la delegación de derechos humanos llegó a los EE.UU. se disolvió y se convirtió en una expedición en busca de trabajo. Marta y su esposo nunca tuvieron tiempo para reunirse con las ONG ya que inmediatamente encontraron trabajo en una fábrica. Luego, vivieron en un suburbio de Washington, D.C. donde cientos de ixiles se han congregado y donde el mejor trabajo que pudieron hallar fue en un supermercado propiedad de un coreano. Allí ganaron \$5 la hora, por doce horas al día todos los días a excepción del

domingo, sin recibir paga por las horas extras que obliga la ley. Aún así, Marta y su esposo pudieron enviar suficiente dinero para que sus hijos terminaran la secundaria. También con las remesas pudieron prestar dinero en Nebaj. Un banco aceptó los recibos como prueba que Marta podía comprometerse a pagar un préstamo grande, que usó para construir la casa de sus sueños.

Después de tres años en los EE.UU., alrededor de 2004, Marta regresó a Nebaj mientras que su esposo continuaba esforzándose en los suburbios de Washington. Los vecinos estaban ansiosos por saber cómo era trabajar en los EE.UU., cuánto había podido ganar y si ellos se podían ir también. Fueron tantos los vecinos que le preguntaban a Marta que decidió prestarles el dinero que necesitarían para alcanzar su sueño. Sólo les cobraría un interés mensual del 5%--no el 10% que otros prestamistas cobraban. También los conectaría con un coyote huehueteco que los entregaría a los traficantes mexicanos para el viaje. En los siguientes tres años, Marta ayudó a quince gentes a irse al norte. Para protegerse contra la falta de pago, ella y el huehueteco normalmente dividen en dos la inversión de Q35,000 (\$4,500) de cada cliente.

A tres de sus clientes, Marta les entregó Q35,000 completos. A dos de ellos los otros prestamistas les habían negado el dinero. Aunque ninguno era su familiar o su vecino, Marta se compadeció de ellos. Una vez en los EE.UU. rehusaron pagarle un centavo. Ya que no les había pedido ni contrato ni garantía, no tuvo más que decirle adiós a su inversión. Peor aún, para capitalizar a los dos hombres sinvergüenzas, ella había prestado los Q70,000 de dos instituciones financieras con las que hipotecó su casa y otra propiedad. Sus hijos y su esposo estaban enojados con ella. Su esposo estaba cansado de su suerte en Virginia, pero no le quedó más que continuar. Para saldar las deudas con las dos instituciones y salvar su casa de una ejecución hipotecaria, Marta no tiene más opción que regresar a los EE.UU. Se preguntaba si todavía le aceptarían su visa de turista—tenía validez de diez años. Si no, tendrá que prestar otros Q35,000 para pagarle al coyote para que la pase por México. “Esta vez a pie”, se ríe con pesar, “y solo para pagar la deuda.”

Todavía nos falta conocer al tercer cliente de Marta, que también está en mora—su nuevo yerno Humberto. Humberto conoció a la hija de Marta en la secundaria donde se graduarían de maestros. Incapaces de encontrar trabajo en la enseñanza, acordaron que Humberto debería irse a los EE.UU. antes de la llegada de su primer hijo. Humberto se juntó con su hermano en Los Ángeles pero no pudo encontrar trabajo. Solo hasta seis meses después de estar desempleado pudo encontrar un trabajo estable en una planta de procesamiento de pollo. Es en este momento difícil, endeudado aún hasta el cuello, que su esposa lo llamó desde el hospital de Nebaj. Estaba a punto de dar a luz, sería sometida a una cesárea por lo que pensó que se moriría. A Humberto lo llenó un sentimiento de culpabilidad e inutilidad debido a que nunca había podido mandar dinero a su mujer. Entonces, se encontró con un amigo guatemalteco que le ofreció animarlo con pizza y cerveza. Después de varias cervezas decidió subir a su apartamento en el quinto piso, por la vía más rápida—la escalera de incendios. En la subida se le resbaló la mano del pasamanos y cayó varios pisos abajo golpeándose la cabeza en el cemento.

Al final del primer mes en el hospital, Humberto comenzó a recobrar la conciencia. Al final del segundo mes, fue capaz de mover los dedos de una mano y hablarle a su hermano,

pero solo como un niño. Al final del tercer mes, fue dado de alta del hospital, pero paralizado de un lado de su cuerpo, con las instrucciones que debía regresar en un año para otra operación. La razón por la que debía regresar es que le habían quitado la mitad del cráneo. Pero el hermano de Humberto no podía cuidar a su hermano paralizado y al mismo tiempo ganar dinero para pagar el alquiler. Así que se lo llevó de regreso a Nebaj. En poco tiempo Humberto estaba de regreso en la casa de sus papás incapaz de mantenerse. Cuando nos conocimos en abril de 2008, lo encontré en cama bajo una gran bandera estadounidense colgada en la pared. Quería saber si yo podría apoyarlo para regresar a los EE.UU. y recibir tratamiento médico. Con este fin, su familia solicitó donaciones, pero sin éxito. Para entonces, su hermano regresó al norte pero no pudo conseguir que lo volvieran a emplear en su antiguo trabajo. Dos años después del accidente, el hermano hacía cola al lado de la carretera para trabajar por día.

Desde luego que en las historias de migración no solo hay perdedores, también hay ganadores. Cuando visité los hogares ixiles en los suburbios de Washington, D.C., pasé una noche muy agradable con una de las amigas de Marta que habían venido al norte con ella, en la delegación de los derechos humanos. Después de muchas luchas, ella y su esposo lograron conseguir un trabajo con un tendero coreano que no pagaba mucho pero que era fijo. Como parte de la velada insistieron en mostrarme un video casero. Era acerca de su casa de tres pisos que tenían en Nebaj, la que habían podido construir con las remesas. En el video, con lágrimas en los ojos, la amiga de Marta conduce a los espectadores a través de su casa, cuarto por cuarto. Hace alarde de los aparatos eléctricos y de otro mobiliario, y le da gracias a Dios y al antropólogo por su buena fortuna.

En mi siguiente visita a Nebaj, mientras escuchaba los testimonios en una asociación de deudores, se me acercó una pareja de ancianos que habían escuchado, de manera equívoca, que un gringo podría ayudarlos a salvar su casa de un prestamista. Resultaron ser los papás de Humberto. No hablaban mucho español y sus deudas alcanzaban la suma de Q124,000 (\$16,000), debido a que tenían que llevar y traer a su hijo donde los neurocirujanos en la ciudad de Guatemala. Los médicos les pedían otros Q80,000 para poder restaurar el cráneo de Humberto. En Guatemala no existe ninguna agencia filantrópica o del gobierno que proporcione dinero para casos así. Por lo tanto, como yo estaba interesado en su historia, Humberto me pidió si yo podría proveerles estos fondos.

Sin la menor esperanza, comencé a contarles a mis amigos estadounidenses sobre la situación de Humberto. Para mi sorpresa, varios me recomendaron una organización en Addison, Texas que envía equipos médicos a Guatemala—pero no tratan problemas como este. La organización Helps International no realiza cirugía del cerebro. Pero en el siguiente equipo que iría a Guatemala incluirían a un neurocirujano. Muy bien, me dije, y arreglé mi próxima visita a Nebaj para que coincidiera con la visita de este médico. El doctor examinó la cabeza de Humberto y nos dijo que nos olvidáramos de restaurarle el cráneo. Aún si sobrevivía a una operación tan riesgosa, sus dolores de cabeza podrían empeorar. Le iría mejor si compraba un casco de beisbolista y recibía terapia física para volver a usar su brazo y pierna izquierdos. Nuestra suerte continuó cuando uno de los primeros graduados universitarios de Nebaj regresó a casa con un certificado de fisioterapeuta. Esto podía yo pagar—su tratamiento y un casco de bateador. En 2010 su movilidad había mejorado. Pero sus papás debían una cantidad increíble a tres instituciones

financieras y a dos prestamistas, así que estaban por perder su último terreno y la casa también.

En este preciso momento, podría llamar a Humberto para que me pusiera al día, pero no quiero saber acerca de la última emergencia financiera. Así que me limitaré a la paradoja más obvia.

A los guatemaltecos y a otros migrantes les atraen los EE.UU. debido a los salarios más altos de los que pueden ganar en su país. Millones de migrantes han incrementado sus ingresos y niveles de consumo al llegar a los EE.UU. Pero muchos de ellos terminan en los escalones más explotados de la sociedad estadounidense, en un trabajo que no solo es mal pagado, sino temporal e inestable. Las familias de Marta, Humberto y Magdalena han logrado introducirse en el mercado laboral estadounidense solo a través de grandes deudas. Cualquier interrupción importante en su trabajo o en el envío de remesas significa que perderán los bienes que poseen en su país, los cuales han ofrecido como garantía. Paradójicamente, la migración a los mercados laborales con salarios más altos puede volver a sus familias más pobres de lo que eran en un principio.

Los guatemaltecos no son los únicos en los EE.UU. afligidos por enormes cantidades de deuda. Desde los años ochenta, tanto republicanos como demócratas han revitalizado una economía débil al quitar los reglamentos de las instituciones financieras. Con toda libertad los bancos y otros proveedores de crédito acosan a los consumidores estadounidenses con un despliegue asombroso de estratagemas para que disfruten hoy y paguen mañana. El sociólogo Howard Karger denuncia una “economía marginal” cuya falta de reglamento se vuelve políticamente aceptable porque fue dirigida hacia las minorías étnicas, migrantes recientes y otras personas con bajos ingresos. En la actualidad, la economía marginal ya no está limitada a las clases bajas porque también ha atrapado a millones de hogares de la clase media. Son víctimas de las empresas de tarjetas de crédito, agentes hipotecarios y otros negocios aparentemente respetables cuyas tasas de interés anuales de dos y tres dígitos antes eran ilegales.

Entre la presa más fácil están los migrantes latinoamericanos, incluso aquellos que parecían avanzar y que compraron casas con los llamados “*subprime mortgages*” (créditos hipotecarios con altas tasas de interés) que llevaron a los prestatarios a la bancarrota. La industria financiera acaricia la creencia que todos pueden llegar a tener el sueño americano; está muy arraigada en las tres ramas del gobierno federal así como en la mayoría de los gobiernos estatales. Pero el crédito fácil ofrecido por la industria financiera, señala Karger, es como una adicción que presiona a los usuarios a endeudarse más para despojarlos de cualquier patrimonio previo. A través de las tarjetas de crédito, los pagos a plazos, préstamos para el día de pago e infinidad de otros mecanismos, el crédito ofrece un alivio a corto plazo y una trampa a largo plazo<sup>23</sup>.

### **Los mayas q’anjob’al de San Miguel Acatán e Indiantown, Florida**

Capitalismo de casino es una descripción apropiada para la economía estadounidense durante la primera década del siglo XXI.<sup>24</sup> Si los estadounidenses tienen el derecho de

elevant sus gastos a través del apalancamiento financiero, por ejemplo, prestar contra ganancias futuras y el patrimonio que heredarán a sus hijos, ¿no tienen el mismo derecho los guatemaltecos? Para estudiar las implicaciones, nos dirigiremos a los pueblos del Departamento de Huehuetenango, en la parte occidental de los Cuchumatanes, desde donde los campesinos mayas han estado saliendo para los EE.UU. desde la década de los setenta. La industria líder en Huehuetenango se ha convertido en el envío de trabajadores a los Estados Unidos. Ellos remitieron \$342 millones en 2007—aproximadamente \$342 por cada persona en una población de un millón. Los antropólogos han informado de los asombrosos niveles de migración hacia el norte. En el pueblo de Cuilco, de acuerdo a Manuel Camus, los miembros más educados de la población se van tan pronto se gradúan de secundaria. La mitad de los hogares tienen a alguien en los EE.UU. o México y un 16% de la población está ausente. Pero el incremento continuo de dinero a Cuilco está acompañado de un aumento en robos, secuestros, amenazas y asesinatos, siendo las mujeres las principales víctimas. En el pueblo de Soloma, de acuerdo con Stephanie Kron, los hogares tienen como promedio dos miembros de su familia en los EE.UU. En Todos Santos Cuchumatán, de acuerdo a Jennifer Burrel, casi un tercio de la población del municipio reside en los EE.UU.<sup>25</sup>

La mayoría de los migrantes de Huehuetenango hablan idiomas derivados del q'anjob'al y el akateko. Manuela Camus ha identificado unos siete pueblos anteriormente aislados, cuyas remesas de los EE.UU. los han convertido en centros migratorios.<sup>26</sup> El pueblo del cual los q'anjob'ales y akatekos han emigrado por más tiempo es San Miguel Acatán. Los akatekos fueron los primeros mayas de toda Guatemala en llegar a los EE.UU. en una corriente migratoria perpetua. Al igual que otros q'anjob'ales, viven en angostos valles entre las montañas, que no son capaces de albergar a una población que crece rápidamente. Muchos de ellos apoyaron al EGP, cuyas exiguas fuerzas tomaron control del área con rapidez a finales de los setenta. Hasta ese punto, los akatekos no habían experimentado una ocupación militar; las fuerzas del gobierno nunca tuvieron ninguna razón para molestarlos. Pero en 1981-1982, el ejército atacó por aire y por tierra, los pocos guerrilleros que había fueron expulsados, sus partidarios más reconocidos fueron masacrados, por lo que miles de akatekos huyeron a México. Claro que no fueron los únicos, pero sí los primeros en llegar a los EE.UU. en grandes cantidades. La razón no fue que hayan sufrido más que otros refugiados, sino que acostumbraban migrar a México antes del conflicto armado por temporadas para buscar trabajo, y con el mismo fin algunos llegaban hasta los EE.UU.

Fue en Indiantown, Florida donde los migrantes mayas llegaron a ser por primera vez una población destacada. Un contratista mexicano los llevó allí en 1982 para trabajar en las plantaciones de cítricos, granjas de hortalizas y ranchos de ganado. Así lo aprendió Allan Burns, un antropólogo de la Universidad de Florida quien los ayudó a organizarse. A medida que más akatekos oían acerca de Indiantown, algunos interpretaron el nombre en el sentido que había sido establecido así con el propósito de darles la bienvenida, como en los campos de refugiados en México. En la realidad, Indiantown se originó como un asentamiento seminola en los grandes pantanos al oeste de lo que ahora es Palm Beach y la Costa Dorada. Empresarios yanquis drenaron los pantanos y crearon un imperio agroindustrial por lo que Indiantown se convirtió en un cuartel para los agricultores proletarios. Los akatekos no se sintieron fuera de lugar, por el contrario, Indiantown les



pareció muy familiar porque se parece mucho a la costa del Pacífico de Guatemala donde han trabajado por mucho tiempo.

En los dos lugares trabajaron en fincas; la diferencia más importante fue que la paga era mucho mejor. En media hora los akatekos y otros q'anjob'ales podían ganar lo que en Guatemala ganaban en un día entero. A finales de los ochenta, por lo menos había unos cuatro mil mayas que vivían en Indiantown, y más en West Palm Beach. Esto no quiere decir que de acuerdo a los parámetros estadounidenses ellos prosperaban. Aún en Florida, la demanda por la mano de obra agrícola fluctuaba con las estaciones. Olas de nuevos migrantes saturaron el mercado laboral, por lo que muchos vagaban alrededor de Indiantown en búsqueda de trabajo. Según Burns, las primeras olas de q'anjob'ales vivían “en cajas de cartón o en viejos buses y automóviles”, luego alquilaban algún espacio en un “campo”—apartamentos miserables ocupados exclusivamente por agricultores. Por la presión de familiares y amigos, los q'anjob'ales siempre terminaban compartiendo sus cuartos o habitaciones con demasiada gente. Los espacios se dividían con sábanas y abundaban las enfermedades contagiosas como la tuberculosis y la disentería.<sup>27</sup>

Los negros estadounidenses, los haitianos y mexicanos percibieron que los guatemaltecos les estaban quitando sus trabajos, por lo que los denunciaron ante el Servicio de Inmigración y Naturalización. El párroco llegó a ayudarlos, así como los Servicios Legales Rurales de Florida, American Friends Service Committee e Indian Law Resource Center. “No firmen nada; no digan nada; llamen a un abogado” llegó a ser la consigna, así como la táctica de dejar de contestar en español y solo en q'anjob'al. Unos cuantos lograron obtener reconocimiento como asilados políticos, pero la gran mayoría de solicitantes fracasaron. Como los q'anjob'ales habían pasado meses y años en México, EE.UU. no era el país del “primer asilo.” Igualmente perjudicial para su solicitud de ser reconocidos como asilados políticos fue que la violencia en Huehuetenango se redujo después de 1983. Se hizo aun más difícil demostrar que eran refugiados políticos que huían de la persecución cuando “los notarios”—compañeros migrantes que aseguraban conocer el sistema legal estadounidense—llenaron solicitudes prefabricadas por montones que los jueces de migración encontraron poco convincentes. Lo que legalizó las primeras olas de q'anjob'ales fue la Ley de Control y Reforma de Inmigración de 1986, que incluyó una amnistía para los trabajadores del campo.<sup>28</sup>

La afluencia de q'anjob'ales y otros huehuetecos no solo abrumó a Indiantown sino a los defensores de los derechos migratorios. Los propietarios acudieron a los contratistas para distanciarse legalmente de sus mozos indocumentados. Esto hacía más fácil engañar a los trabajadores sobre sus salarios. La corriente migratoria de q'anjob'ales trajo más hombres jóvenes con antecedentes de alcoholismo, por lo que hubo robos y asesinatos, y la imagen de los mayas cambió de ser víctimas a ser impredecibles. La cantidad de nuevos migrantes “extendió la capacidad de carga de la comunidad hasta sus límites”, informó Burns. “Todos los servicios de vivienda, transporte, servicios de salud, eliminación de basura y las escuelas estaban saturados por la tremenda afluencia de los migrantes.” En opinión de los residentes locales y trabajadores sociales, el problema número uno de los q'anjob'ales era la borrachera—los mismos q'anjob'ales estuvieron de acuerdo con este juicio por lo que muchos se unieron a iglesias evangélicas.<sup>29</sup>

A los q'anjob'ales también les costaba aprender inglés por lo que tenían que depender de defensores que no lograban ponerse de acuerdo entre ellos. Otro asunto que frustraba a los trabajadores sociales y abogados estadounidenses era cuando las niñas menores de edad quedaban embarazadas. Las leyes de protección al niño no solo deben aplicarse a una madre menor de edad sino también a su bebé. Cuando Magdalena Aguirre de quince años aparentemente consintió en dar a su bebé en adopción, seis meses después lo quería de regreso. Las autoridades locales no sabían en quién creer. ¿Cómo podían estar seguros de lo que estas personas deseaban? Si no era su desconfianza, era la falta aparente del español o las demandas conflictivas hechas en su nombre.<sup>30</sup>

Otra niña q'anjob'al, menor de edad, llegó a figurar en la escena pública al ser acusada de asesinato en primer grado. Cuando el periodista Paul Goepfert fue a San Miguel para recabar el lado akateko de la historia, le contaron que Eulalia Miguel (un pseudónimo) era una niña de alquiler para un joven akateko que regresaba a su casa solo de visita antes de volverse a Lake Worth, Florida. Niña de alquiler es un término irrespetuoso para cuando la tradición del matrimonio arreglado (por los papás) se enfrenta con los hombres jóvenes que regresan de los EE.UU. llenos de dólares. Si una muchacha no está interesada en el joven, pero el papá recibe dinero, es una venta. Si por el otro lado, los dos jóvenes empiezan a tener relaciones sexuales sin el consentimiento de los papás, es un robo—lo que puede ser rectificado con un pago como compensación. Sin importar a quién le atraen más los dólares, si a los papás o la muchacha, ninguno podrá retener al joven y evitar que se regrese solo a los EE.UU.

En el caso de Eulalia, antes de casarse a los once o doce con un hombre que le doblaba la edad, parece que ella ya había completado tres años de educación. Se dice que el papá arregló el matrimonio en una de sus visitas mientras trabajaba en los EE.UU. Cuando su nuevo esposo murió inesperadamente, parece que se fue a vivir con otro hombre, quien también estaba de regreso por un corto período. Eulalia se quedó con esta segunda pareja por breve tiempo, se quejó que él la golpeaba, pero parece que este fue quien la embarazó. Entonces, de repente y de manera misteriosa, ella apareció en los EE.UU. a la edad de 14 y al parecer por medio de un coyote de San Miguel que también tuvo relaciones con ella. Parece que Eulalia esperaba volverse a juntar con el padre de su hijo, pero él negó ser el padre, así que ella se fue a vivir con dos de sus hermanos en un apartamento en Lake Worth. Es allí donde ella dio a luz sin ninguna ayuda, que le causó una hemorragia que terminó en una sala de emergencias. Al bebé lo encontraron muerto en el apartamento, con un fajo de papel de baño metido en su garganta, dentro de un basurero. Eulalia pasó dieciocho meses en la cárcel antes de que la cobertura solidaria de los medios persuadiera a un juez para desechar el caso. Eulalia fue adoptada por una pareja estadounidense quien la inscribió en una escuela secundaria.<sup>31</sup>

Esta no es la única vez que las autoridades de la Florida se han visto obligados a desenmarañar conflictos escalonados entre guatemaltecos, del tipo que nunca son de la atención pública al menos que alguien salga herido o muerto. En 2006 el periódico *Naples Daily News* denunció que una joven mamá de trece años originaria de San Miguel Acatán era víctima del tráfico humano. De acuerdo con la niña, sus tribulaciones se iniciaron cuando tenía once años y su padrastro, junto con su mamá, la vendieron a Fernando Pascual por Q2,000 (\$260) y Pascual la obligó a irse con él a los EE.UU.—así, afirmó ella después

de huir de Pascual y pedir ayuda en un refugio para mujeres. Cuando un periodista visitó San Miguel Acatán, la mamá de la niña insistió en que eran “puras mentiras” que ella haya vendido su hija a Fernando Pascual.

De acuerdo a la mamá, su hija de once años se había enamorado de Pascual quien tenía veinte. Esto ocurrió una noche cuando Pascual compartió la cama de la niña antes de llevar al padraastro—un curandero maya—a una consulta al día siguiente. De acuerdo a la mamá, la niña y el joven compartieron un dulce, se hacían cosquillas y la niña se fue feliz al norte con él. Una vez en Florida, de acuerdo con la niña, se vio forzada a levantarse a las cuatro de la mañana para preparar el desayuno, tenía prohibido usar el teléfono o abandonar el apartamento y la forzaron a tener relaciones con el hermano de Pascual para saldar una deuda entre los dos.

¿A quién creer? El periódico *Naples Daily News* abordó el tema de manera amarillista, con veintitrés informes que denunciaban el tráfico humano pero que repetía un pequeño número de historias de horror que llamó la atención de la policía.<sup>32</sup> ¿Eran las autoridades norteamericanas responsables de proteger a migrantes ilegales, de las agresiones de otros migrantes ilegales? ¿O fueron parciales las autoridades en contra de las costumbres matrimoniales de los guatemaltecos indígenas? ¿Fue este caso un malentendido cultural lo que provocó un pánico moral injustificado? Es importante recordar que los peores casos no son una guía confiable para todos los migrantes que nunca llegan a los titulares porque están trabajando largas horas por un exiguo salario. A este respecto, los migrantes que ganan poco pero que son fieles en enviar las remesas a sus familias son héroes de los valores familiares. Pero lo que la migración al norte le hace a la juventud es un tema polémico en Guatemala.

En la visita que yo hice a San Miguel Acatán, en 2007, perdí cuenta de las colinas que mi bus tuvo que bregar por subir. Los valles son tan angostos que no hay fondo o muy poco, solo un desfiladero, donde hasta las laderas más empinadas están sembradas de milpa. Aún dentro de los parámetros guatemaltecos, San Miguel no solo está lejos sino lleno de gente conflictiva. Cuando visité el lugar, no había policía nacional, ni juez municipal. Habían abandonado San Miguel después de que una turba le arrebató a la policía un ladrón acusado y lo linchó. Sin embargo, las remesas están transformando el lugar como lo han hecho con otros pueblos de los Cuchumatanes. Cuando uno comienza a divisar el pueblo, mansiones y edificios sobresalen imponentes sobre las tradicionales casas de adobe y los techos de teja roja. Al llegar, me dirigí a un hotel de seis pisos con la esperanza de conocer al propietario. Adentro todavía estaban construyendo y todo mal hecho; no se podía subir las gradas sin ponerse en peligro por el concreto reforzado que sobresalía en ángulos extraños y una barandilla suelta. En la noche, el hotel resonaba con una disonancia de fiestas para emborracharse, televisiones y estéreos portátiles. Afuera en la calle, dos bolos peleaban hasta que una persona mayor se acercó y los regañó; por lo que se escabulleron. Al día siguiente vi a dos jóvenes vagos que andaban por el pueblo, vestidos con shorts flojos—al estilo cholo de Los Ángeles. También vi a muchos otros jóvenes que, siguiendo la misma moda de vestir, se esforzaban por trabajar.

El escándalo de Eulalia Miguel proyectó un foco de atención no deseado sobre la relación de San Miguel con los EE.UU. No fui el primer gringo que apareció haciendo preguntas.

¿No se supone que el joven debe tener el permiso de los papás de la niña? Le pregunté al alcalde electo, Andrés Miguel Francisco. Él se rió: “Lo que es más común es que el joven hable con la muchacha, ella se va con él y eso es un robo [se la roban a los papás]. Así es el noventa por ciento. Solo se aprovecha de la niña, no la quiere como esposa. Por ambición, ella se deja llevar.” ¿Es por el dinero?, le pregunté. “No, es porque se quiere ir a los Estados Unidos. Se van juntos a La Mesilla [la frontera con México]. Él pasa, ella no y regresa aquí dos o tres días después.” ¿No pasó por qué la arrestaron?, pregunté. El alcalde se rió otra vez: “No, porque el hombre la engañó, se aprovechó de ella y la abandonó. El Norte es una forma de engañar a las personas.”

Un maestro me contó: “Hace unos veinte años era así, un joven y sus papás iban a pedir la mano de la muchacha a sus papás, pero ya no. Esto terminó con la llegada de nuevas formas de comunicación; se hizo fácil llamar a los Estados Unidos. Aquí fue donde los papás perdieron el control. Llegaron las películas porno, la televisión y la música trastornada. Los jóvenes regresaban del norte con pisto y le prometían a las muchachas que se las llevarían de regreso como sus esposas. Y las muchachas se lo creían. En algunos casos los hombres sí cumplieron esas promesas. Pero en otros casos, lo más lejos que llegaba la muchacha era a La Mesilla, o se moría allí o se regresaba aquí. Ahora las familias ya están más conscientes del peligro, me dijo, pero los niños abandonados sí que son un problema. Justo, hace unos tres meses un compañero maestro encontró a tres niños en su puerta—un bebé y dos nenes que ni siquiera podían hablar debido a su edad. Lloraban y el maestro los entró a su casa esperando que los papás aparecieran en cualquier momento. Nunca, nadie se presentó y ahora él los cuida—después de declarar ante un juez para que no lo acuse de habérselos secuestrado.

El cura de la parroquia habla un dialecto variante del jakalteko. Con resignación, el padre Dionisio Mateo dijo: “Les decimos a la gente que se quede, pero no hay mucho que ofrecerles. La tierra ya no es suficiente. Aquí solo hay laderas empinadas.” El padre Dionisio identificó tres etapas migratorias. A inicios de los setenta, algunas familias salieron para los EE.UU. y nunca regresaron. La siguiente ola fue debido a la violencia. “La gente que vivía en el centro del pueblo tenía algo de educación y cuando nos tocó la violencia, el pueblo se vació, se convirtió en un pueblo fantasma”, me explicó. “En helicópteros, el ejército ametrallaba la montaña, hubo muchas muertes, pero la gente tampoco regresó. Algunos se fueron a México y luego se iban a los Estados Unidos, algunos solo se fueron a México donde los campos de refugiados ahora son asentamientos. Ahora esta gente es mexicana. Aquí, el ejército le entregó su tierra a la gente que pensaba como ellos, por eso los refugiados nunca regresaron. Algunas veces aparecen para las fiestas y sus hijos ya no saben el idioma, no les gusta la comida, todo les es extraño. Son gringos y altos debido a la comida gringa. La tercera ola (que se fue de San Miguel) son los migrantes económicos. La mayoría tiene éxito, logran algo aunque no sea mucho, la minoría fracasa. La razón por la que regresan es cuando no logran mucho.”

Juan Francisco lidera una organización que promueve el idioma akateko. Sus amigos terminaron la secundaria e inmediatamente partieron al norte. No era fácil hallar trabajo pero a algunos les fue bien, al punto de tener tiempo y dinero para ir a la playa y a las discotecas. Aquellos que se esforzaron, conseguían construir una casa bonita en dos o tres años para sus familias aquí en San Miguel. Otros hallaban otra mujer y abandonaban a sus

familias que tenían en San Miguel. Otros regresaban adictos a las drogas, casi siempre después de ser deportados. Uno de ellos tomaba alcohol puro, tenía el estómago hinchado, su familia le suplicaba que lo dejara pero él no quería escuchar. No tardará mucho en morir. Otro olía pegamento. No tardará mucho en quedarse loco. Incapaces de permanecer en los EE.UU., sin querer trabajar por salarios locales, estos hombres no encontraron otra forma de lidiar con su situación.

Sin embargo, también escuché historias positivas del norte. “En cuanto a mí, los Estados Unidos fue parejo”, reconocía una mujer que acaba de llenar mis oídos con historias trágicas. “Me trató bien. No hubo discriminación.” Me mostró su casa de tres pisos, con bastantes ventanas en el piso superior que lo hacía un agradable lugar para vivir. Otro que regresó, propietario de una sencilla pero cómoda pensión donde finalmente me quedé, me contó que había vivido veinticuatro años en los EE.UU. trabajando como agricultor, desde 1978 hasta 2002. Durante ese cuarto de siglo, solo regresó a su casa tres veces. De sus siete hijos, seis estaban en los EE.UU. Dos hijos vivían en California, uno legalmente, y entre los dos habían procreado ocho hijos californianos. Sus cuatro hijas vivían en Fort Payne, Alabama, y aunque solo una estaba documentada, ganaban \$300-\$400 a la semana en una planta de procesamiento de pollo y una fábrica de textiles. En cuanto al alcalde electo, Andrés Miguel Francisco, a pesar de su sombrío diagnóstico del norte, en los EE.UU. vivían doce miembros de su familia cercana; solamente tres vivían con él en San Miguel. Él calculaba que un cuarto de la población del pueblo se había ido al norte.

Quizás San Miguel no sea un buen pronóstico de lo que la migración a los EE.UU. significa para otros pueblos mayas, tal como Nebaj, del cual nos ocuparemos en el siguiente capítulo. Gracias a la Ley de Control y Reforma de Inmigración de 1986, muchos de los primeros akatekos ganaron su condición legal de una forma que los que han llegado después no lo han podido hacer. Pero San Miguel sí sugiere las características de una migración tipo sifón. Típicamente, los guatemaltecos se van al norte con la idea de trabajar unos años para luego regresar con los ahorros suficientes para construir una casa y empezar un negocio. Eso es lo que se dicen a sí mismos y a sus familias, lo que los convierte en asalariados “objetivos” (*target earners*) en el idioma de los estudios migratorios. Luego, fuerzas diversas conspiran para mantenerlos en los EE.UU. Con el control de la frontera, ahora se hace más caro y más arriesgado volver al país natal solo de visita. Una vez que los guatemaltecos han experimentado los salarios estadounidenses, es muy difícil regresar al magro poder adquisitivo de los salarios guatemaltecos. Luego, están las segundas familias que muchos guatemaltecos tienen en el norte. Conforme los guatemaltecos establecen estas nuevas familias en los EE.UU., las remesas disminuyen, por lo que sus papás y sus hermanos sienten mayor presión de enviar refuerzos. Por el tremendo contraste en los salarios se mantiene un flujo constante de nuevos migrantes.<sup>33</sup> Así es como funciona el sifón migratorio.

---

<sup>1</sup> Entre los investigadores que han estudiado la deuda como un asunto crítico en la migración de América Latina están: Sarah Mahler (1995:77-79) sobre los migrantes salvadoreños y peruanos en Long Island, David Kyle (2000) y Ann Miles (2004) sobre los migrantes ecuatorianos, Sonia Nazario (2006) sobre los migrantes hondureños, Jan y Diane Rus (2008) sobre los migrantes mexicanos del estado de Chiapas y David Griffith (2006) sobre trabajadores huéspedes con visa H-2 desde México y Jamaica. De estos investigadores, Griffith ofrece el análisis más amplio de cómo los empleadores estadounidenses imponen condiciones de peones a los trabajadores migrantes para impulsar la productividad, y de cómo las remesas generan más deuda entre la población de envío y por lo tanto más migración. La servidumbre ha sido una característica más obvia en la migración ilegal desde China (kwong 1997 y Keefe 2009) que desde América Latina. Sin embargo, aún en el caso de Fuzhounese quien se hizo famoso por el tráfico de humanos en los noventa, de acuerdo a la antropóloga Julie Chu (2010:122), la servidumbre ha sido reemplazada por los préstamos de familiares y amigos.

Solo sé de dos videos que se enfocan en la deuda de las corrientes migratorias latinoamericanas. Uno es el trabajo de Olivia Carrescia, *Una vida mejor* (2011) acerca de un pueblo maya mam, Todos Santos Cuchumatán. El otro es de Greg Brosnan y Jennifer Szymaszek, *Guatemala: ante la sombra de una redada*, acerca del impacto que la redada en Postville, Iowa tuvo sobre los migrantes kaqchikeles mayas y sus familias del departamento de Chimaltenango. (*Frontline*, Public Broadcasting Service, julio 30 2009, disponible en... [www.pbs.org/frontlineworld/watch/player.html?pkg=rc82guat&seg=1&mod=0](http://www.pbs.org/frontlineworld/watch/player.html?pkg=rc82guat&seg=1&mod=0). Se consultó el 4 de febrero 2012).

<sup>2</sup> Prahalad 2006, Roy 2010:64 y Elyachar 2005:28-29.

<sup>3</sup> Elyssa Pachico, “‘No Pago’ Confronts Microfinance in Nicaragua, Congreso Norteamericano sobre América Latina (NACLA por sus siglas en inglés), 28 de octubre de 2009 (nacla.org/node/6180, se consultó el 8 de febrero de 2012) y Neil MacFarquhar. Big Banks Draw Profits from Microloans to Poor, *New York Times*, 13 de abril de 2010.

<sup>4</sup> Camus 2008:47

<sup>5</sup> “Race and Hispanic Origin of the Foreign-Born Population in the United States: 2007.” American Community Survey Reports, U.S. Census Bureau, issued January 2010.

<sup>6</sup> Un estudio del Banco Mundial (Cheikhrouhou 2006:7) calcula que el setenta por ciento carece de condición legal.

<sup>7</sup> “Envío de remesas creció 6% en 2011,” *Prensa Libre*, 6 enero 2012.

<sup>8</sup> International Organization for Migration 2011:64. Deportations number 30,855: Eliane Portillo, “Steep Rise of Guatemalans Deported from U.S., Mexico,” *Latin Daily Financial News*, 31 December 2011.

- 
- <sup>9</sup> Sandra Valdez, “Van más de mil muertos en unidades,” *Prensa Libre*, 15 June 2011.
- <sup>10</sup> Paola Hurtado, “Si la tierra se abriera y nos tragara,” *El Periódico*, 18 March 2007.
- <sup>11</sup> Luis Tax, “Instan a no emigrar a EE.UU.,” *Prensa Libre*, 14 February 2007, per Patrick Daniels’ blog (<http://jocote.org/2007/02/coming-and-going-the-great-migration-paradox>).
- <sup>12</sup> “EE.UU., principal emisor: Van 281 repatriados,” *Prensa Libre*, 3 June 2007.
- <sup>13</sup> “Baleado en zona 2,” *Prensa Libre*, 16 June 2007.
- <sup>14</sup> “Traficantes abandonan a guatemaltecos en España,” *Prensa Libre*, 13 junio 2007.
- <sup>15</sup> Agencia EFE, “Capturan en Chiapas a 159 chapines ocultos en tráiler,” *Siglo21*, 13 November 2007.
- <sup>16</sup> “La otra puerta al sueño americano,” *Prensa Libre*, 5 November 2007.
- <sup>17</sup> “Atribuyen violencia a deportados,” *Siglo21*, 1 June 2007
- <sup>18</sup> Estuardo Zapeta, “Menores de edad ¿Inimputables?” *Siglo21*, 1 June 2007.
- <sup>19</sup> “Sumidos en la pena,” *Siglo21*, 29 May 2007.
- <sup>20</sup> Sullivan 1989: xxv-vi.
- <sup>21</sup> Martin Barillas, “The first wetbacks were Jesus, Mary, and Joseph,” [www.speroforum.com](http://www.speroforum.com) (accessed January 20, 2012).
- <sup>22</sup> Prensa Asociada, “El dominio sobre las mujeres puede motivar las solicitudes de asilo,” *New York Times*, 15 julio 2010. Para un contexto etnográfico sobre la producción de solicitudes de asilo en las poblaciones de origen, consultar Kwon 1997, Chu 2010, Piot 2010 y Mathews 2011.
- <sup>23</sup> Karger 2005:xi–xv. Immigrants hit hard by subprime fraud: Rivera 2009:102–13.
- <sup>24</sup> Strange 1997.

---

<sup>25</sup> Camus 2008:46,146,157,168, Kron 2007:60 and Burrell 2005:16.

<sup>26</sup> Estos siete pueblos son Barillas, Soloma, San Mateo Ixtatán, Santa Eulalia, San Juan Ixcoy, San Rafael La Independencia y San Miguel Acatán.

<sup>27</sup> Burns 1993:7–8, 44-45, 119, 132 and Burns 2000.

<sup>28</sup> Burns 1993:xii–xiv, xlv, 28–29, 90–91.

<sup>29</sup> Burns 1993:115,145,148.

<sup>30</sup> Burns 1993:180–182.

<sup>31</sup> John Lantigua, *Unraveling the mystery of Petrona*, *Palm Beach Post*, 24 November 2002; Dana Canedy, *After Conviction of Boy, Prosecutor Switches Sides*, *New York Times*, 18 November 2002; y Pedro Pop, “Una pesadilla con un final feliz para Petrona Tomás,” *Prensa Libre*, 2 January 2005.

<sup>32</sup> Anne Marie Apollo, *Lee trafficking cases a recent chapter in county’s history*, enero 29, 2006, y Janine Zeitlin, *The Guatemala connection: impoverished nation the root of human trafficking*, *Naples Daily News*, 30 enero 2006, más otras veintiún historias entre enero 29 y febrero 3, 2006.

<sup>33</sup> A juzgar de una encuesta que realizó la Organización Internacional para la Migración en 2010, en tres mil hogares guatemaltecos (2011:20-21), el 6.9% de los guatemaltecos que se benefician con las remesas planeaban emigrar a los EE.UU. en los siguientes doce meses, que serían 277,000 gentes. En un libro titulado *Suburban Sweatshops*, (*Explotación suburbana*), la abogada y organizadora Jennifer Gordon (2005:34-36) identifica un mito de dos años que los guatemaltecos comparten; ellos presuponen que como los niveles salariales de EE.UU. son más altos, solo necesitarán unos cuantos años para ganar lo suficiente y regresar a casa triunfantes. La realidad en la base de la fuerza laboral estadounidense, en palabras de Gordon, es que se convierten en “pobladores de hecho pero transeúntes en actitud.”

Para una descripción de los mayas akatekos y su trabajo en la planta de procesamiento de pollo, en Russellville, Alabama en 2008, consúltese Thompson 2010. Para un espectro más amplio de las experiencias mayas en los EE.UU., vea los ensayos en Loucky y Moors 2000.